

# LAS ROSAS DE HEINRICH BÖLL

En noviembre de 1968, la señora Beate Klarsfeld asestó una pública bofetada al entonces canciller de la República Federal Alemana, el cristiano-demócrata Kiesinger, durante la visita de éste a París. Heinrich Böll, Nobel de Literatura de este año, celebró la ya histórica bofetada enviando un ramo de flores a la señora Klarsfeld. Aquel gesto de Böll —quien, dicho sea de paso, ha sido uno de los pocos intelectuales de Alemania Occidental que han tratado de comprender las razones de la banda de Baader— provocó el siguiente comentario público del novelista Günter Grass (afiliado al SPD): «No hay razón alguna (...) para enviar rosas a Beate Klarsfeld. Igual que estoy contra la presencia en la Cancillería de un hombre que fue nazi entre 1933 y 1945, me opongo intransigentemente a las bofetadas u otros actos "heroicos". Una bofetada no es ningún argumento». Böll contestó a Grass por medio de una «tribuna libre» publicada en el periódico «Die Zeit» y reproducida en el libro de Beate Klarsfeld que ha sido editado recientemente en Francia con el título de «Partout où ils seront». A continuación reproducimos la respuesta de Heinrich Böll.

EN un tono de magisterio, Günter Grass ha hecho constar que «no había razón alguna para enviar rosas a Beate Klarsfeld». Ahora bien, esta afirmación me parece un tanto presuntuosa, molesta e incluso fuera de lugar, puesto que se ha hecho de manera oficial. Yo me pregunto, modestamente, si compete a Günter Grass juzgar si tengo o no derecho a enviar flores a una dama. Sin embargo, yo creo que tenía pleno derecho a hacerlo y estoy dispuesto a reivindicar ese derecho frente a todos los magistrados entre mis colegas. Esas flores yo se las debía a Beate Klarsfeld por los motivos siguientes:

1. Como consecuencia lógica de mis actividades de escritor, ya sean importantes o insignificantes, e independientemente del juicio que puedan merecer a los magistrados.

2. Estas flores son una deuda a título personal por parte de un hombre que ha triplicado ya la edad de diecisiete y que tenía exactamente quince años y un mes cuando Hitler fue llevado al poder por aquel político burgués que era Von Papen.

3. Por mi madre, en recuerdo de aquella mujer que murió en noviembre de 1944 durante un ataque aéreo y que reunía una serie de cualidades que era raro encontrar en una sola persona: inteligencia,

ingenuidad, temperamento, instinto y sentido del humor. Ella me enseñó a odiar a los nazis y, sobre todo, a esos de los que forma parte el señor Kiesinger: los nazis burgueses y bien cuidados, los que no se ensucian las manos ni la ropa y continúan, desde 1945, recorriendo sin vergüenza las regiones de Alemania, e incluso son invitados a pronunciar discursos por el Comité Central de Católicos alemanes.

4. Por la generación a la que pertenezco: la de los sacrificados y los supervivientes, y entre estos últimos los que no pueden permitirse el lujo de enviar flores a la señora Klarsfeld, pues si expresen su simpatía «con flores», perderían su puesto de institutor, de profesor, de productor para la televisión, de director de editorial... Yo puedo permitírmelo y me lo permito: acepto complacido ese papel de «chivo expiatorio» en nombre de todos aquellos cuya libertad no puede llegar tan lejos como la mía.

Porque —veamos el discurso de Günter Grass— las críticas que nosotros formulamos, las que formulan los escritores polémicos respecto del señor Kiesinger, a la postre resultan siempre positivas para la República Federal. Desempeñamos el ridículo papel de «conciencia de la República Federal», que vale para ser exhibida en los



Beate Klarsfeld.

países extranjeros —donde se denigra gustosamente a los neonazis de la República Federal—, mientras que los jefes de Gobierno de esos países almuerzan con Kiesinger.

De cualquier forma que prosigamos nuestros ataques contra Kiesinger y sea cual fuere el calibre de nuestras armas, nada puede ocurrirnos por la sencilla razón de que somos los idiotas «eminentes» que exhibe ostentadamente nuestro Gobierno ante el público. Pero puede suceder que un día u otro uno de nosotros aseste un golpe inesperado, discreto, y que luego presente la factura a la camarilla de Strauss —con Willy Brandt otra vez como vicecanciller—.

5. Porque la psicología primitiva de los burgueses no deja de sacarse de la manga continuamente esa palabra que, desgraciadamente, también utiliza Günter Grass: la palabra «histórico».

Permitaseme, para terminar, una observación: replto que soy el único que puede decidir —modestamente, claro está— si tengo o no derecho a enviar flores a una dama. Si lo he hecho, ha sido de modo espontáneo y consciente, y estoy dispuesto a confesarlo ante los más eminentes maestros poseedores de los más profundos conocimientos psicológicos.

Me enteré del gesto de la señora Klarsfeld a las once de la noche: hora poco indicada para enviar flores a París. Tuve, pues, todo el tiempo del mundo para discutir mi decisión en familia, para dormir y reanudar la discusión a la mañana siguiente durante el desayuno, para reflexionar después y dejar pasar —más o menos adrede— otras tres horas antes de enviar a mi segundo hijo a hacer el pedido a la florista de la esquina.

Después he vuelto a enviarle flores a la señora Klarsfeld, y he de confesar que no dudaré en hacerlo una tercera vez —pido perdón por ello— si se presenta la ocasión. ■ HEINRICH BÖLL.

## HOLANDA

### LOS JOVENES ANTE LAS ELECCIONES

Una treintena de listas diferentes tratarán de atraerse los sufragios de los holandeses en las elecciones legislativas del 29 de noviembre. Unos mil quinientos candidatos se disputarán los ciento cincuenta escaños de la Cámara Baja. Esto es mucho y poco al mismo tiempo: hay registrados en los Países Bajos más de ciento veinticinco partidos políticos. Las elecciones han sido organizadas por el actual Gobierno de transición, formado después de la crisis política del pasado julio, que tuvo como consecuencia el desplazamiento de la coalición, hasta entonces en el poder, de partidos confesionales.

En la extrema derecha: el partido conservador del pastor Dorman, que rechaza al mismo tiempo la vacuna contra la poliomielitis y la televisión, a las que califica de «armas de Satanás». En la extrema izquierda: los «kabouters», el movimiento contestatario que sucedió a los famosos «provos» y que sorprendió a todo el mundo en 1970 al conseguir más del 11 por 100 de los sufragios en las elecciones municipales de Amsterdam. Entre esos dos partidos, los liberales, los socialistas y una multitud de partidos confesionales cuya coalición había constituido, durante largo tiempo, un fuerte elemento de estabilidad de la vida política holandesa.

Ninguna de estas tendencias puede esperar alzarse con la mayoría en la Cámara. Pero, desde hace un año, los partidos de izquierda, el laboral en cabeza, navegan viento en popa. En efecto, en Holanda, ni los problemas económicos ni la rebelión de los jóvenes han servido para reforzar a la derecha, sino que han hecho saltar la tapadera de las tradiciones y los tabúes. Muchos holandeses parecen actualmente abiertos a una solución de izquierda. Además, el 29 de noviembre habrá un millón de nuevos electores: los jóvenes de entre dieciocho y veinte años tendrán, por primera vez, derecho de voto. ■ C. B.